

sus cuentas arregladas con lo presente y lo futuro, espera con confianza el acontecimiento, ocupado sólo en consolar el dolor que una inevitable separación necesariamente debía causar entre los suyos.

Preciso era dejarlo todo: posición consolidada tras largos trabajos sufridos con paciencia y sin murmurar; una familia cara a las letras francesas, que dos Academias reclaman para sí; hijos satisfechos con la doble herencia de honor que les tocaba en suerte desde su edad temprana, y cuyos triunfos habrían llenado al padre de gozo; una compañera acostumbrada a respetar las obras del ingenio, y hechizo de su hogar; todo era preciso dejarlo, y M. Lemonie, abrumado bajo el peso de sus prolongados trabajos, que vinieron a ser más duros para un corazón paternal por la pérdida que había sufrido, de aquellas cuyo dolor no se amortigua con el tiempo, estuvo preparado para reunirse al hijo que había perdido.

Con sentimientos religiosos, debidos a sus antepasados, que por muchos siglos dieron sacerdotes a la Iglesia, vió sin conturbarse, como miembro fiel de ella, llegar su última hora, y con toda la apacibilidad de un cristiano que está seguro de que en un mundo mejor se reunirá